

CUENTOS DE  
**JACK LONDON**



CUENTOS DE  
**JACK LONDON**

**Traducción**  
Javier Calvo





La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Títulos originales de los cuentos: *To the Man on Trail*, *The Law of Life*, *Bâtard*, *To Build a Fire*, *The Chinago* y *Koolau the Leper*

© de la traducción: Javier Calvo, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: Austral / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Núria Just

Primera edición en Austral: mayo de 2024

Depósito legal: B. 6.489-2024

ISBN: 978-84-08-28827-5

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

## Índice

Salud al hombre que está en el camino . . . . .	7
Ley de vida . . . . .	23
Bâtard . . . . .	35
Encender una hoguera . . . . .	59
El chinago . . . . .	87
Koolau el Leproso . . . . .	111

## Salud al hombre que está en el camino

—Échalo.

—Pero, Kid, ¿no crees que te estás pasando? El *whisky* y el alcohol ya son una mezcla explosiva, pero encima el coñac, la salsa de pimienta y...

—Échalo. ¿Quién está haciendo este ponche, eh? —Y Malemute Kid le dedicó una sonrisa benigna a través de las nubes de vapor—. Cuando lleves tanto tiempo como yo en estas tierras, hijo, y hayas sobrevivido siguiendo rastros de conejos y comiendo vísceras de salmón, entenderás que la Navidad solo es una vez al año. Y una Navidad sin ponche es como abrir un agujero en el lecho de roca y no encontrar ningún filón.

—Cárgalo bien, ya verás qué fiesta —dijo en tono de aprobación Big Jim Belden, que había bajado de su concesión en el Mazy May para pasar la Navidad, y que, como sabía todo el mundo, se había pasado los dos meses anteriores alimentándose de carne de alce a palo seco—. No os habéis olvidao del

matarratas que les hicimos a los tanana, ¿verdad que no?

—Pues parece que sí. Chavales, os habría alegrado los corazones ver a aquella tribu entera peleando borracha, y todo gracias al fermento milagroso del azúcar y la masa madre. Tú no habías nacido —dijo Malemute Kid, dirigiéndose hacia Stanley Prince, joven minero experto que llevaba allí dos años—. En aquella época por aquí no había mujeres blancas, y Mason se quería casar. El padre de Ruth era el jefe de los tanana y la idea no le hacía ninguna gracia, ni tampoco al resto de la tribu. ¿Si cargué el ponche? Caray, usé mi última libra de azúcar; en ese sentido fue de lo mejorcito que he hecho en mi vida. Tendrías que haber visto la persecución, río abajo y cargando a ratos con las canoas.

—¿Y lo de la india? —preguntó Louis Savoy, el alto francocanadiense, interesándose porque había oído hablar de aquella aventura descabellada estando el invierno anterior en Forty Mile.

Y entonces Malemute Kid, que era un narrador nato, contó sin adorno alguno la historia del Lochinvar de las tierras del norte. Más de un curtido aventurero del norte sintió que aquello le tocaba la fibra sensible y experimentó una vaga nostalgia de los pastos soleados de las tierras del sur, donde la vida prometía algo más que un estéril combate con el frío y la muerte.

—Habíamos llegado al Yukon justo después de la primera bajada del hielo —concluyó—, y solo le llevábamos un cuarto de hora de ventaja a la tribu. Pero eso nos salvó, porque la segunda bajada del hielo rompió la obstrucción de encima y les cerró el paso.

Cuando por fin llegaron a Nuklukyeto, ya los estaba esperando el puesto entero. En cuanto a los esponsales, preguntadle al padre Roubeau, aquí presente: la ceremonia la ofició él.

El jesuita se sacó la pipa de los labios, pero solo pudo expresar su satisfacción por medio de sonrisas patriarcales, mientras protestantes y católicos aplaudían con vigor.

—¡Voto a bríos! —exclamó Louis Savoy, que parecía cautivado por el romanticismo de todo aquello—. *La petite squaw; mon Mason brav.* ¡Voto a bríos!

Y entonces, cuando empezaron a circular de mano en mano los primeros tazones de latón con ponche, Bettles el Insaciable se puso en pie de golpe y entonó su canción tabernaria favorita:

*Henry Ward Beecher está  
con mil meapilas detrás  
bebiendo una triste infusión;  
mas no te quepa duda  
que si miras con lupa  
verás que es destilado  
de la prohibida fruta.*

*¡De la prohibida fruta!*

Y bramó el coro de la bacanal:

*¡Mas no te quepa duda  
que si miras con lupa  
verás que es destilado  
de la prohibida fruta!*

El temible brebaje de Malemute Kid surtió efecto; los hombres de los campamentos y las rutas se relajaron como resultado de su amable calor, y circularon en torno a la mesa las bromas, las canciones y los relatos de aventuras pasadas. Extranjeros de una docena de tierras distintas brindaron por igual. El inglés, Prince, brindó por «el Tío Sam, ese precoz infante del Nuevo Mundo»; el yanqui, Bettles, bebió por «la reina, que Dios la bendiga», y al alimón, Savoy y Meyers, el mercader alemán, entrechocaron sus tazas por Alsacia y Lorena.

Por fin Malemute Kid se puso de pie, taza en mano, y echó un vistazo a la ventana de papel engrasado, donde se acumulaban casi diez centímetros de hielo.

—Salud al hombre que está en el camino esta noche —dijo—; que le alcance la comida; que los perros le protejan las piernas; que nunca les falte el fuego a sus cerillas.

¡Chas! ¡Chas! Oyeron la música familiar del látigo, los aullidos lastimeros de los perros malemute y el crujido de un trineo que se acercaba a la cabaña. Las conversaciones languidecieron mientras esperaban al recién llegado.

—Es un veterano; se ocupa primero de sus perros y después de sí mismo —le susurró Malamute Kid a Prince, mientras escuchaban las dentelladas, los gruñidos lobunos y los gañidos de dolor que proclamaban ante sus oídos avezados que el desconocido estaba manteniendo a raya a los perros de los demás mientras alimentaba a los suyos.

Por fin llegaron los esperados golpes en la puerta, bruscos y decididos, y entró el desconocido. Deslumbrado por la luz, vaciló un momento en la puerta, dándoles a todos la oportunidad de escru- tarlo. Era un personaje imponente, y también pinto- resco, con su atuendo ártico de lana y pieles. Debía de medir metro noventa, con una anchura de espal- das y un pecho fornido proporcionales, y la morde- dura del frío le había dejado la cara bien afeitada de un rosa reluciente; tenía cubiertas de hielo blanco las largas pestañas y las cejas, llevaba un poco levan- tadas las orejas y el protector de cuello de su enor- me gorro de piel de lobo y parecía verdaderamente el Rey Escarcha, recién salido de la noche. Abrocha- do por encima del chaquetón de lana lucía un cintu- rón de cuentas con dos revólveres Colt de gran tamaño y un cuchillo de caza, y en las manos empu- ñaba, además del inevitable látigo para los perros, un rifle de pólvora sin humo del calibre más grande y del último modelo. Cuando echó a andar, por mu- cho que sus pasos fueran firmes y elásticos, todos pudieron ver que la fatiga le pesaba considerable- mente.

Se había hecho un silencio incómodo, pero su cordial «¿qué se celebra, muchachos?» tranquilizó enseguida a los presentes, y al cabo de un instante Malamute Kid y el recién llegado ya se habían dado un apretón de manos. Aunque no se habían conoci- do en persona, habían oído hablar el uno del otro, y el reconocimiento fue mutuo. Antes de que el viaje- ro pudiera explicar qué lo traía allí, fue agasajado con una presentación general y un tazón de ponche.

—¿Cuánto hace que pasó ese trineo de canasta con tres hombres y ocho perros? —preguntó.

—Te llevan dos días justos de ventaja. ¿Les vas detrás?

—Sí; son mis perros. Me los robaron delante de mis narices, los cabrones. Ya les he recortado la ventaja en dos días; los alcanzaré en el próximo trecho.

—¿Crees que te darán batalla? —preguntó Belden, a fin de seguir la conversación, porque Malemute Kid ya tenía la cafetera en el fuego y estaba ocupado friendo beicon y carne de alce.

El desconocido dio un golpecito significativo a sus revólveres.

—¿Cuándo saliste de Dawson?

—A las doce en punto.

—¿De anoche? —Era una pregunta retórica.

—De hoy.

Recorrió el círculo un murmullo de sorpresa. Y no era para menos, porque acababa de dar la medianoche, y recorrer en doce horas ciento veinte kilómetros de agreste pista fluvial no era moco de pavo.

La conversación no tardó en volverse impersonal, sin embargo, y viró hacia los avatares de la infancia. Mientras el joven desconocido se comía la rudimentaria cena, Malemute Kid le examinó el rostro con atención. No tardó en decidir que era un rostro agradable, honrado y franco, y que le caía bien aquel individuo. Aunque no había dejado atrás la juventud, sus arrugas habían sido trazadas con firmeza por el esfuerzo y las penurias. Vivaces cuando conversaba, y apacibles en los momentos de reposo, los ojos azules prometían pese a todo el duro

destello del acero cuando era necesario pasar a la acción, sobre todo en condiciones adversas. La mandíbula fuerte y el mentón cuadrado transmitían pertinacia e indomabilidad. Y pese a estar presentes los atributos del león, tampoco faltaba esa blandura evidente, ese asomo de feminidad, que delataban una naturaleza emotiva.

—Y así fue como la parienta y yo nos arrejuntamos —dijo Belden, concluyendo la emocionante historia de su cortejo—. «Aquí estamos, padre», dijo ella. «Y condenada seas», le dijo su padre, y después se dirigió a mí. «Y tú, Jim, sal a esas tierras de ahí fuera. Quiero que esté arada la mayor parte de esas veinticinco fanegas antes de la cena.» Y luego se giró hacia ella y le dijo: «Y tú, Sal, tú te encargas de los platos». Y soltó un bufido y le dio un beso. Y me quedé la mar de contento, pero él me vio y me soltó un berrido: «¡Andando, Jim!». Y salí corriendo pa'l establo.

—¿Tienes críos en Estados Unidos? —preguntó el desconocido.

—No; Sal se murió antes de tenerlos. Por eso estoy aquí. —Belden se puso a encenderse la pipa con aire abstraído, aunque no se le había apagado, y por fin dijo en tono animado—. ¿Y tú qué, viajero? ¿Estás casao?

A modo de respuesta, el recién llegado se abrió el reloj, lo sacó de la correa que le servía de cadenilla y se lo pasó. Belden cogió la candela de aceite, examinó el interior del estuche del reloj con expresión crítica y, soltando una palabrota de admiración por lo bajo, se lo dio a Louis Savoy. Habiendo exclama-

do varias veces «¡diantre!», por fin Savoy se lo entregó a Prince, y todos vieron que a este le temblaban las manos y que se le humedecían de forma peculiar los ojos. Y así fue pasando, de mano encallecida a mano encallecida, la fotografía montada en el estuche de una mujer, de esas zalameras que les gustan a ese tipo de hombres, con un bebé en el regazo. Quienes todavía no habían presenciado el prodigio estaban llenos de curiosidad; quienes ya lo habían visto se quedaron callados y meditabundos. Podían afrontar las punzadas del hambre, el ataque del escorbuto o la muerte rauda del campo abierto y las inundaciones; pero el retrato de una mujer desconocida con su criatura los convertía a todos en mujeres y criaturas.

—Al crío todavía no lo he visto nunca; es niño, me dice ella, y tiene dos años —dijo el desconocido mientras le devolvían el tesoro. Se lo quedó mirando un momento más y por fin cerró el estuche y se giró, aunque no lo bastante deprisa como para esconder las lágrimas que intentaba refrenar.

Malemute Kid lo llevó hasta un camastro y lo invitó a acostarse.

—Despertadme a las cuatro en punto. No me falléis —fueron sus últimas palabras, y al cabo de un momento ya estaba respirando con esa pesadez del sueño exhausto.

—¡Por Dios! Tiene agallas, el chaval —comentó Prince—. Tres horas de sueño después de ciento veinte kilómetros con los perros y de vuelta al camino. ¿Quién es, Kid?

—Jack Westondale. Lleva ya casi tres años por

aquí, sin nada más que su fama de trabajar como un caballo y un cargamento de mala suerte a sus hombros. No lo conocía en persona, pero Sitka Charley me había hablado de él.

—Qué desgracia que un hombre con una mujer joven y dulce como esa tenga que pasarse la vida en este agujero dejado de la mano de Dios, donde cada año cuenta como dos.

—Su problema son las puras agallas y la testarudez. Dos veces ha estado a punto de retirarse con una buena tajada, pero las dos veces lo ha perdido todo.

Llegado este punto la conversación se vio interrumpida por un bramido de Bettles, a quien se le había empezado a pasar el efecto de la visita. Y enseguida el recuerdo de los lúgubres años de comida monótona y trabajo demoledor dio paso a la tosca diversión. Solo Malemute Kid parecía incapaz de entregarse al esparcimiento, y no paraba de echar miradas nerviosas a su reloj. En un momento dado se puso los mitones y el gorro de piel de castor, salió de la cabaña y fue a rebuscar entre las provisiones.

Tampoco pudo esperar a la hora indicada, sino que fue a despertar a su invitado con quince minutos de antelación. El joven invitado se había quedado tieso, y fue necesario darle unas friegas vigorosas para que se pusiera de pie. Salió dando tumbos doloridos de la cabaña y se encontró a los perros ya en el arnés y todo listo para partir. La compañía le deseó buena suerte y una persecución corta, mientras que el padre Roubeau lo bendijo a toda prisa y encabezó la estampida de regreso al interior de la cabina;

y no es de extrañar, porque no es agradable enfrentarse a sesenta grados bajo cero con las orejas y las manos desnudas.

Malemute Kid lo acompañó hasta el camino principal, y allí, con un fuerte apretón de manos, le dio sus consejos:

—Encontrarás cincuenta kilos de huevas de salmón en el trineo —dijo—. Los perros te aguantarán tanto con eso como con setenta y cinco de pescado, y en Pelly no encontrarás comida de perro, como ya te imaginarás. —El desconocido tuvo un sobresalto y se le iluminaron los ojos, pero no lo interrumpió—. No encontrarás ni un gramo de comida para perro ni para hombre hasta que llegues a Five Fingers, y eso queda a trescientos kilómetros largos. Cuidado con los tramos deshelados en el río Thirty Mile, y asegúrate de coger el atajo principal después de pasar Le Barge.

—¿Cómo lo has sabido? No puede ser que me preceda la noticia...

—No lo sé; y, es más, no lo quiero saber. Pero ese tiro de perros que persigues no es tuyo. Se lo vendió a esos tipos Sitka Charley la primavera pasada. Pero Charley me dijo una vez que eras un tipo decente y le creo. Te he visto la cara y me caes bien. Y he visto... en fin, maldita sea, encuentra la fortuna que buscas y réunete con esa mujer tuya, y... —Llegado este punto, Kid se quitó el mitón y sacó su bolsa.

—No, no me hace falta —dijo el joven, y las lágrimas se le congelaron en las mejillas mientras le estrechaba convulsivamente la mano a Malemute Kid.

—Pues no des descanso a los perros; en cuanto caigan rendidos, sácalos de los arneses; compra otros, creo que los puedes conseguir a veinte dólares el kilo. Los conseguirás en Five Fingers, en Little Salmon y en el Hootalinqua. Y ten cuidado con los pies mojados —fue su consejo de despedida—. Sigue adelante si no estás por debajo de los cuatro grados bajo cero, pero si estás por debajo, enciende una hoguera y cámbiate de calcetines.

Apenas habían pasado quince minutos cuando un tintineo anunció que llegaba alguien más. Se abrió la puerta y entró un policía montado del territorio noroeste, seguido de dos conductores de trineo mestizos. Igual que Westondale, iban fuertemente armados y mostraban señales de fatiga. Los mestizos habían sido criados para el camino y lo soportaban con facilidad; pero el joven policía estaba completamente agotado. Aun así, la terca obstinación de su raza lo obligaba a mantener el ritmo que se había impuesto, y lo seguiría haciendo hasta que cayera redondo.

—¿Cuándo ha salido Westondale? —preguntó—. Ha parado aquí, ¿verdad? —La pregunta estaba de más, porque los rastros le contaban la historia con todo lujo de detalle.

Malemute Kid intercambió una mirada con Belden, que, oliendo el percal, dio una respuesta evasiva:

—Ya hace bastante.

—Venga, amigo; dímelo —lo reprendió el policía.

—Parece que tenéis muchas ganas de cogerlo. ¿Ha estado alborotando por Dawson?

—Le ha estafado cuarenta mil dólares a Harry McFarland; los ha canjeado en el economato por un cheque contra un banco de Seattle; ¿y quién le va a impedir que lo cobre si no lo alcanzamos? ¿Cuándo se ha ido?

Todas las miradas reprimieron su excitación, porque Malemute Kid les había hecho una señal, y el joven policía se encontró caras inexpresivas allí donde mirara.

Se acercó dando zancadas a Prince y le formuló la pregunta. Aunque le dolió mirar a la cara honesta y franca de su compatriota, este dio una respuesta intrascendente sobre las condiciones del camino.

Luego atisbó al padre Roubeau, que no podía mentir.

—Hace un cuarto de hora —contestó el sacerdote—. Pero ha tenido cuatro horas para descansar, él y sus perros.

—¡Quince minutos de ventaja y está descansado! ¡Dios mío! —El pobre tipo se tambaleó hacia atrás, medio desmayado por el agotamiento y la decepción, murmurando que habían hecho todo el trayecto desde Dawson en diez horas y que los perros estaban a punto de desfallecer.

Malemute Kid le puso una taza de ponche en la mano; luego se dirigió a la puerta y ordenó a los conductores de trineo que lo siguieran. Pero el calor y la promesa del descanso eran una tentación demasiado grande, y los conductores protestaron con vigor.

Kid dominaba su *patois* francés y se dedicó a escucharlos con nerviosismo.

Juraban que los perros ya no daban para más; que a Siwash y a Babette habría que pegarles un tiro antes de que recorrieran el primer kilómetro; que el resto estaban casi igual de mal; y que sería mejor que descansaran todos.

—¿Me puedes prestar cinco perros? —preguntó el policía, dirigiéndose a Malamute Kid.

Pero Kid negó con la cabeza.

—Te firmaré un cheque por valor de cinco mil dólares en nombre del capitán Constantine... Aquí tienes mis documentos; estoy autorizado para usar fondos a mi discreción.

Obtuvo de nuevo una negativa silenciosa.

—Pues entonces los requisaré en el nombre de la reina.

Con una sonrisa incrédula, Kid echó un vistazo a su copioso arsenal, y el inglés, consciente de su impotencia, echó a andar hacia la puerta. Pero los conductores de trineos seguían protestando, así que se giró hacia ellos y los llamó mujeres y perros. La cara morena del mestizo de más edad se ruborizó con furia mientras se levantaba y prometía en términos inconfundibles que iban a matar de agotamiento al líder de su tiro, y que entonces estaría encantado de dejarlo tirado en la nieve.

El joven oficial, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, caminó con firmeza hacia la puerta, haciendo un despliegue de vigor que no poseía. Pero todos veían y apreciaban el esfuerzo orgulloso que estaba haciendo; y tampoco conseguía disimular las

punzadas de agonía que le pasaban por la cara. Cubiertos de escarcha, los perros estaban encogidos en la nieve. Las pobres bestias gimieron bajo los restallidos del látigo, porque los conductores eran hombres crueles y estaban furiosos; hasta que le cortaron las correas a Babette, la líder, no pudieron sacar de allí el trineo y ponerse en marcha.

—¡Qué sucio granuja mentiroso!

—¡Por Dios, qué villano!

—¡Ladrón!

—¡Peor que un indio!

Saltaba a la vista que los hombres estaban furiosos; en primer lugar, por haber sido engañados; y en segundo, por aquella vulneración de la ética de las tierras del norte, donde la sinceridad por encima de todo era la mayor virtud de un hombre.

—Y le hemos echado una mano al desgraciado, aun sabiendo lo que había hecho.

Todas las miradas se estaban volviendo acusadoramente hacia Malemute Kid, que se levantó del rincón donde había puesto cómoda a Babette y vació en silencio el cuenco para preparar una última ronda de ponche.

—La noche es fría, muchachos... fría de verdad —fue el irrelevante inicio de su defensa—. Todos habéis viajado por estos caminos y sabéis lo que eso representa. No atacéis a un perro cuando ya está abatido. Solo habéis oído una versión de los hechos. Nunca un hombre más honrado que Jack Westondale comió de la misma olla ni compartió una manta con vosotros ni conmigo. El otoño pasado le dio a Joe Castrell toda su liquidación, cuarenta mil dóla-

res, para que comprara acciones de la Dominion. Hoy sería millonario. Pero mientras él se quedaba en Circle City, cuidando a un compañero suyo que estaba con escorbuto, ¿qué hizo Castrell? Pues se fue al casino de McFarland, arriesgó más de lo que debía y perdió la fortuna entera. Lo encontraron muerto en la nieve al día siguiente. Y entretanto el pobre Jack haciendo planes para volver este invierno con su mujer y con el crío al que no ha visto nunca. Fijaos en que se ha llevado exactamente lo que perdió su compañero: cuarenta mil. En fin, se ha ido; ¿y qué vais a hacer al respecto?

Kid recorrió con la mirada el círculo de sus jueces, reparó en que habían suavizado las expresiones y levantó su taza para brindar.

—Así pues, salud al hombre que está en el camino esta noche; que le alcance la comida; que los perros le protejan las piernas; que nunca les falte fuego a sus cerillas. Que Dios le dé prosperidad, que lo acompañe la suerte y...

—¡Y Dios confunda a la policía montada! —gritó Bettles, entre el estrépito de las tazas vacías.